La nave que nunca ha de tornar

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.
Retrato
Antonio Machado

Acaba de llegar una transmisión de Sócrates. Es el diario personal de las capitanas Graco, desde la uno a la dieciséis, y narra la extraordinaria historia de las mujeres de la cara oculta de la Luna. Yo estaba pensando en la mejor forma de suicidarme. No tiene ningún sentido vivir ciento y pico años en esta nave que no va a ninguna parte, sin más compañía que una IA con malas pulgas. Pero me he dado cuenta de que primero tengo que contar mi historia, como las capitanas Graco me han contado la suya. Dejar constancia de todo lo que ocurrió, de cómo he llegado a esta nave de espacio profundo averiada, con rumbo a no sé dónde. La IA lo ha calculado, y también lo que tardaremos en llegar. No le he permitido que me lo dijera. ¿Para qué? Ni cien vidas serían suficientes.

Viviré hasta ponerle punto final a esta crónica. Quiero pensar que alguien, humano o no, la leerá alguna vez, así que empezaré por el principio: el 21 de julio de 1969. Ese día de hace quinientos años, dos humanos pisaron por primera vez la superficie de la Luna. Fue un comienzo muy rudimentario y bastante lento, pero luego todo se aceleró. Un siglo y medio después ya había colonias estables en la Luna, en Marte y en Europa. En el punto Lagrange 4 creció de forma anárquica un destartalado puerto espacial al que ascendían las lanzaderas terrestres y donde personas y mercancías transbordaban a las grandes naves de espacio profundo, que recorrían el Sistema Solar en rutas regulares. Todo eran planes grandiosos, sueños inmensos. En Lagrange 5 se construyó un nuevo espaciopuerto, gigantesco, capaz de absorber el tráfico que generaría las nuevas colonias de Io y Titán. Debía inaugurarse el 21 de julio de 2169, el día del Desastre. La IA os puede facilitar videos de lo que ocurrió. Yo nunca los he visto. Prefiero las palabras. La imagen lo convierte todo en prosaico y vulgar. Las palabras tienen alma. Las imágenes solo son cosas.

Casi todas las NEP, las naves de espacio profundo, estaban en L5 cuando explotó el día de su inauguración, el día del segundo centenario de la llegada del hombre a la Luna. Para las colonias fue un golpe mortal. Las NEP supervivientes no podían abastecerlas a todas y se vivieron si-

tuaciones dramáticas. Entretanto en la Tierra la conmoción dio paso a la rabia y a la caza de brujas; las acusaciones gratuitas se convirtieron en agresiones. Los agredidos respondieron. Diez años después del Desastre, con el Repliegue casi consumado y las colonias abandonadas, la Tierra se sumergió en un caos, del que emergió un nuevo orden, tras el llamado Siglo Perdido. La vieja ONU se convirtió en la Unión Mundial, con un Presidente vitalicio que elige al Secretario General, su sucesor. UniMon no es un gobierno, es una organización con un mandato: mantener la paz, para lo cual cuenta con sus lanzaderas armadas y su monopolio de las armas NBQ, mal que les pese a muchos gobiernos. No es perfecta, pero lleva doscientos años funcionando y ha demostrado su efectividad.

Tres siglos después del Desastre, la exploración espacial se recuerda como un mal sueño. Nadie quiere volver al espacio, aunque eso no es del todo cierto. La Tierra está rodeada de una maraña de satélites que requieren un mantenimiento continuo, pero también, y eso es muy importante para mí y para mi familia, de montañas y montañas de chatarra. Dos siglos de exploración espacial, más los restos del Desastre, convirtieron la órbita de la Tierra en un basurero en el que los chatarras nos ganamos el sustento. La Armada de UniMon tiene el monopolio de las lanzaderas, por tanto los chatarras y los telecos, los que se encargan de los satélites, pertenecemos a ella, somos el Servicio Civil. Así, los verdaderos militares, los del Servicio Armado, solo se ocupan de sus juegos de guerra. Mi familia fue la primera en dedicarse a esta tarea, a las pocas semanas del Desastre. En aquella época, Zenaida, la fundadora, a la que debo mi nombre, bajó a la Tierra miles de cadáveres, además de toneladas de circuitos electrónicos fabricados en ingravidez, que cada vez serían más escasos.

Yo nací en una lanzadera, literalmente. Mamá quería bajar una última carga antes de ir al hospital, pero yo decidí adelantarme, así que parió en ingravidez. A los 16 años la Armada me dio los galones de plata del Servicio Civil. Ya podía pilotar lanzaderas (legalmente).

Esta es la crónica de cómo encontré el rastro del legado de Margaret Hamilton y de cómo Sócrates y yo recuperamos la TdT del Eagle, pero también es la historia de la capitana Graco y de sus mujeres de la cara oculta de la Luna. O mejor dicho, de las capitanas Graco, desde la 1 a la 16, y nadie mejor que ella misma, que ellas mismas, para contarla.

18 de diciembre de 2167.

¡Ya estamos aquí! La base «Justicia», en el lado oculto de la Luna, ya es una realidad. Es el destino más ansiado de toda mi carrera y vale la pena iniciar un diario para no olvidar nada. Vamos a enseñarles a esos burócratas corruptos de la ONU que no pueden sangrar impunemente a la UM. Si la Unión Mediterránea es el mayor contributor de la ONU y la mitad de las colonias espaciales son nuestras, ¿por qué no podemos tener nuestra propia flota de NEP? ¿Por qué tenemos que pagar a la ONU sus abusivas tasas de transporte? ¡Pero esto va a cambiar! Por eso estamos aquí. De momento solo somos 20 hombres y mujeres amontonados en un agujero, pero en cuanto esta base se encuentre operativa, podemos bloquear L4. Me gustará ver a todos esos oficialitos repeinados de la Armada de las Naciones Unidas comiéndose los puños cuando mis infantes de marina aborden sus naves y los releven del mando. Entonces nuestro gobierno podrá dar un puñetazo en la mesa e imponer sus condiciones a la ONU, y esta base hará honor a su nombre.

Era el 21 de julio de 2469. Sí, el quinto centenario de la primera llegada a la Luna, algo que casi nadie sabía. Una efeméride que se celebraba en la Armada y poco más. Se puede decir que es lo único que une al Servicio Civil y al Servicio Armado, pero los actos son bastante discretos. Por la mañana hubo una parada militar a la que asistimos los del Servicio Civil de riguroso uniforme. La única ocasión del año en la que me lo pongo... me lo ponía. Por la tarde me subí a la lanzadera. El día anterior el tío Eduardo había captado un amontonamiento interesante y me había pasado las coordenadas. Me dijo que parecía algo condenadamente bueno, y que iría él mismo si no fuera porque tenía una cita con una mulatilla de Camarioca, algo que prometía, ya me entiende usted, sobrina, pero no debe dejar que ese pecio se pierda, es bueno de verdad. No, no lo entendía. No quería entenderlo. Desde que el cáncer de páncreas se llevó a mi Christian en un nada no entendía que el mundo siguiera girando. Asentí con la cabeza, murmuré algunas palabras de complicidad y tomé las coordenadas.

Carreteé con la lanzadera hasta la estación de hidrogeno. Pasé la diagnosis del generador eléctrico y del motor. Llamé a los de mantenimiento, todos primos, para que corrigieran una leve desviación del chorro de plasma. Estaban acostumbrados a mí. Una vez, tiempo después de morir Christian, la familia me convenció para que fuera a unas clases de baile, para conocer gente y eso, para rehacer mi vida, decían. A alguien le resulté simpática y cuando intenté retirarme temprano, alegando que por la mañana tenía algo importante que hacer, me aseguró que bailar era importante, que si me quedaba me daría cuenta. Yo asentí y estuve de acuerdo en que bailar era todo lo importante que podía serlo algo en lo que no te juegas la vida. Unas horas después maniobraba el brazo robótico de la lanzadera para meter en la bodega el pecio del tío Eduardo. Para entonces él ya debía estar arrumacado con la camarioquita, pero borré ese pensamiento de la cabeza. Mis años con Christian habían sido tan apasionados que de alguna manera me sentía culpable de su muerte, como si yo le debiera algo a la vida y la vida se lo hubiera cobrado de la forma más cruel. Sellé la bodega y bajé a inspeccionar mi captura. Si algo no se le puede negar al tío Eduardo es que tiene buen ojo para las mujeres… y para los pecios. Era parte del puente de mando de una NEP. Allí había una fortuna en componentes electrónicos fabricados en ingravidez, algo que ya no sabemos hacer. Mientras la IA se ocupaba de la reentrada, tomé mis herramientas y empecé a desmontar mamparos para clasificar los despojos. Al quitar uno de ellos una lámina flotó ante mi vista. La cogí y la hice girar llena de asombro. Había oído hablar de ellas pero nunca había visto una: una fotografía de papel. Son objetos de coleccionista y se pagan auténticas barbaridades. Alguien debió encajarla en la ranura del mamparo y en algún momento se coló dentro; parecía plausible, pero eso no lo explicaba todo. En 2169 las fotografías de papel ya eran algo demasiado inusual como para que hubiera una encajada en una ranura de un mamparo del puente de mando de una NEP. Llevo en esto desde los trece años y ya tengo treinta y seis. He capturado miles de pecios y era la primera vez que me encontraba con una fotografía de papel. Intuí que allí había un misterio más profundo. Me fijé en la imagen de la fotografía. Era en blanco y negro. Una mujer de mi edad, más o menos, posaba junto a una torre de lo que parecían cuadernos gigantes, cuadernos de papel. Yo no he visto más papel en mi vida que la fotografía que tenía en la mano en aquel momento, pero supe que aquella torre,

que igualaba la altura de la mujer, era de papel. Estaba segura. La toma era frontal, pero la mujer miraba en diagonal. No era demasiado agraciada, tenía el pelo largo y desaliñado, y unas gafas horribles. Sí, sé qué son las gafas, algo en esta época olvidado, pero yo he leído lo suficiente sobre los primeros años de la exploración espacial para reconocer una imagen del siglo XX. Entonces algunas personas llevaban cristales delante de los ojos, apoyados sobre la nariz, para corregir deficiencias visuales. Miré con fijeza la imagen. La mujer sonreía mientras sujetaba el último de los cuadernos de papel que formaban la torre, para evitar que se derrumbara. La miré y la volví a mirar y supe que allí había un mensaje para mí, para Zenaida Albar. Que no era casualidad que la camarioquita se hubiera cruzado en el camino del tío Eduardo, porque esa fotografía no estaba destinada a él, era para mí.

5 de noviembre de 2168

Hoy se ha dado la base por terminada. Casi un año de esfuerzos y algunas vidas perdidas para gloria de la patria, pero ha valido la pena. Se ha conseguido lo más importante: mantener el más absoluto secreto. Tan solo los altos mandos militares y los servicios de inteligencia conocen nuestra existencia, además del gobierno de la UM, por supuesto. Ahora que somos plenamente operativos ha llegado el momento de renegociar con los burócratas corruptos de la ONU las condiciones de la exploración espacial. Si no se avienen a razones, podemos secuestrar el tráfico con las colonias y administrarlo a nuestra conveniencia. No tendrán más remedio que transigir. La base está bien armada, tanto para el ataque como para la defensa. Cinco escuadrillas completas de cazabombarderos y una de TBP para mis infantes de marina. Todas ellas guarecidas en silos subterráneos protegidos por armas antiaéreas operadas por IA, en previsión de que la ONU pudiera organizar un ataque, que no pueden. No tienen capacidad ofensiva aquí arriba. Además, toda la base es subterránea, las entradas de la superficie están bien disimuladas, no nos encontrarían por mucho que lo intentaran. La central de fusión nos proporciona energía en abundancia con la que sintetizar agua y oxígeno y

en la granja disponen de un abundante surtido de plantas y animales que los técnicos clonan continuamente, para garantizar que no falte un flujo constante de alimentos, en la cantidad y calidad que esperamos.

Las condiciones materiales de la base son perfectas y gracias a ellas no debería tener ninguna duda sobre la viabilidad de nuestra misión, pero me siento disgustada en extremo y este diario es el único sitio donde puedo expresar con palabras mi preocupación. La convivencia resulta más complicada de lo que debería ser. Todos los pilotos son hombres, proceden de la Fuerza Aérea, no de la Marina Estatal, y son arrogantes, machistas y perezosos. El mantenimiento de las aeronaves corre a cargo, en su mayoría, de mujeres, algo común en la Fuerza Aérea, y eso refuerza la soberbia y el sentimiento de superioridad de los pilotos. Consideran como algo natural el que las mujeres estén a su servicio. Mis infantes de marina son todas mujeres y no estamos por la labor de limpiar la mierda de nadie. Mucho menos abrirnos de piernas si no nos apetece. Los pilotos llevan casi un año aquí arriba y andan faltos de desahogo sexual. Han colaborado poco y mal en la construcción de la base, lo que significa que han tenido más tiempo que matar que las mujeres y la mayor parte de ese tiempo lo han dedicado a tocarse el rabo, pero ya están aburridos de eso y quieren más. No hay ninguna imposición de celibato entre las mujeres, desde luego no entre mis infantes de marina, pero estamos más concentradas en la misión y por tanto más ocupadas que los pilotos. Además, somos más solidarias entre nosotras y sabemos que si la necesidad acucia, un revolcón con tus compañeras causa menos problemas que con un hombre.

¡Ojalá empiece pronto la acción y tanto machito subido encuentre dónde liberar testosterona!

En el reverso de la fotografía había una frase en inglés antiguo que yo no era capaz de leer, pero sabía quién podría hacerlo. Ordené a la IA que cancelara el aterrizaje en la base familiar de La Habana y se dirigiera a Cabo Kennedy. La imbécil de la IA hizo como que no me entendía. Para

toda la Armada, Servicio Armado incluido, Cabo Cañaveral siempre será Cabo Kennedy, por mucho que ese nombre solo durara diez años. Puede que fuera el Presidente de un país que nos maltrató durante años, incluso que trató de invadirnos, pero también fue ese hombre el que nos llevó a la Luna por primera vez y aunque su recuerdo esté maldito para casi todos, en la Armada nadie permite que se le olvide. Lo malo es que después de que Cuba y Florida se unieran para crear la Unión Cubano-Americana, tras la desaparición de los USA, nuestro gobierno prohibió por ley utilizar el nombre de Cabo Kennedy e implantó la prohibición en todas las IA del país. Por supuesto las IA de la Armada están todas parcheadas bajo mano, pero se hacen las locas en todo lo que se refiere a Cabo Kennedy. Tuve que amenazarla con el formateo para que me obedeciera sin pronunciar el nombre oficial. Las IA pueden ser muy tercas cuando se lo proponen.

Cabo Kennedy dejó de usarse como base espacial mucho antes del Desastre y se convirtió en un parque temático del espacio, pero en el Siglo Perdido el parque cerró y ahora solo se mantiene el Museo Nacional de la Exploración Espacial, cuyo público está formado por los miembros de la Armada y sus familias. Es un ritual para todos nosotros, cuando llegamos a la adolescencia, que nuestra familia nos lleve al Museo. Yo lo visité solo con siete años, porque amenacé a mi madre que o me llevaba o me fugaría. Luego volví con Christian, para celebrar nuestra boda, la que contaba de verdad, solos él y yo, en el lugar para mí más sagrado de la Tierra. Volvimos unos pocos años después, demasiados pocos, a despedirnos, unas horas antes del final. Han pasado ya diez años y sigo tan vacía como aquel día, cuando regresamos de Cabo Kennedy. Vi cómo lo sedaban y luego me subí a la lanzadera y tardé una semana en bajar. Desde entonces mi mundo es el de aquí arriba.

Sócrates Reinaldo O'Reilly es una leyenda en la Armada. Director del Museo Nacional de la Exploración Espacial, administra con todo el amor que cabe en su enorme cuerpo una institución que hubiera desaparecido hace mucho de no ser por él. Recién entrado en la madurez, a sus ochenta años, su enorme cabezota negra, coronada de rizos plateados, me recuerda a las cumbres del Himalaya cuando las sobrevuelo con la lanzadera, y parece igual de alta que el Chomolungma o el Chogori. En mis tres visitas al Museo, me había lisonjeado, felicitado y acompañado, en cada ocasión lo suyo, con una voz profunda de barítono que surge de

un pecho que podría albergar a una NEP, porque así es Sócrates. Conoce el quién y el porqué de todos los que cruzan la puerta de su santuario. Su voz profunda, no sus palabras que seguro serían convencionales, es lo que más recuerdo del día que me despedí de Christian.

Miró la fotografía con los ojos azules abiertos como platos, unos ojos incongruentes en el negro rostro de descendiente de esclavos, unos ojos que hablan de la doble moral de los supuestos amos. Dijo que había leído diversas referencias a aquella imagen pero que no se conservaba ninguna, que él supiera. El Siglo Perdido fue una desgracia para la memoria. Lo que la frase en inglés antiguo del reverso decía era «MH ante el código de programación de la computadora de aterrizaje del Eagle». Sócrates me aclaró que MH es Margaret Hamilton. Entonces fui yo la que se quedó asombrada. ¿Esa era Margaret Hamilton? Miré de nuevo a la mujer del pelo desaliñado. ¿Esa era la mujer que programó la computadora de aterrizaje del Eagle, el módulo lunar del Apolo 11? ¿Ese programa que a pesar de los errores de lectura del radar logró guiar el módulo de alunizaje hasta una zona adecuada? Entonces oí a Sócrates carraspear y decir que había varías cosas que le chocaban. En primer lugar, la memoria del AGC, el computador que guiaba a los tripulantes en el momento del alunizaje, solo tenía 36 Kb. Me costó asimilar la cantidad tan ridícula de espacio de almacenamiento que era aquello. Pero lo que inquietaba a Sócrates es que en aquella torre de papel, igual de alta que la propia Margaret, había muchísimos mas caracteres que los 36.864 que cabían en la memoria del AGC. Sócrates calculó que aquellos cuadernos contenían al menos medio millón de caracteres. Por supuesto que nada indicaba que hubiera que tomarse la frase del reverso al pie de la letra. Podía ser una broma, una ironía, un error, una exageración o mil explicaciones posibles.

O podía ser una pista. Eso fue lo que dijo Sócrates.

15 de marzo de 2169

¡Es el peor día de mi vida! O si no el el peor, el más humillante, de eso no cabe duda. Las negociaciones entre la UM y la ONU se eternizan y el gobierno no se decide a usar su carta secreta, nosotros, mientras aquí el ambiente se enrarece día a día. La convivencia entre hombres y mujeres se ha convertido en un problema. La arrogancia de los pilotos y su machismo

se ha extendido como un virus a todos los hombres de esta base. Hace poco más de un año pensaba que «Justicia» era un gran nombre, ahora creo que debería llamarse «Vivan mis cojones» o algo peor. La presión para mantener relaciones sexuales se ha convertido en acoso. Hemos tenido varias agresiones y los culpables, bien conocidos, apenas han recibido una reprimenda verbal, para luego ser jaleados como héroes. ¡Cerdos! ¡Eso es lo que son! Pero los partes llegaron al Estado Mayor, que envió una comisión informativa, ¡FORMADA SOLO POR HOMBRES! Hoy han convocado a todo el personal en asamblea y han tenido los huevos de reprocharnos nuestra falta de comprensión. El viejo cabrón al mando se ha permitido decir que la labor de las mujeres es valiosa y apreciada, pero que en la Luna todos tienen que cubrir más de una función y de las mujeres se espera que también faciliten el desahogo de los hombres. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Me he puesto en pie y lo que he soltado por la boca no tiene nombre. Me he pasado por el coño el rango y la obediencia. El cabrón ha ordenado a su escolta que me detuviera, pero las mujeres han formado una barrera delante de mí. Hubieran tenido que usar las armas para cumplir la orden y no les ha quedado otra que dejarme marchar. Aquí arriba no me pueden tocar y por ahora es complicado relevarme del mando de mis infantes de marina, pero todo esto pasará factura cuando acabemos la misión.

Miré a Sócrates con cara de no entender nada. Él me preguntó entonces si había oído hablar de Einstein (por supuesto que sí) y de la Teoría de Campo Unificado (por supuesto que también). Sócrates me concedió un aprobado renuente y mencionó a Tobías Felder, dijo (sin esperar mi respuesta, negativa por supuesto), que se trataba de un discípulo de los últimos años de Einstein, su principal colaborador en la búsqueda de la Teoría de Campo Unificado, un hombre genial, quizás tanto como su maestro, pero que no publicó ningún descubrimiento de relevancia. Tobías había trabajado intensamente con Einstein en la Teoría de Campo Unificado, que luego se conocería como Teoría del Todo, TdT, y existían prue-

bas de que había continuado las investigaciones a la muerte de Einstein e, incluso, que había tenido éxito allí donde su maestro había fracasado. ¿Por qué no publicaría esa teoría de haberla conseguido, si le hubiera garantizado un puesto en la historia de la Física? Sócrates concentró en mí esos ojos azules y me habló de los últimos años de la vida de Einstein, años atormentados por el papel que había jugado en la fabricación de la primera bomba atómica, no solo por sus descubrimientos, también por actos concretos como apremiar a Roosevelt a impedir que la Alemania nazi adelantara a los Estados Unidos en la fabricación de la bomba. Después de las explosiones, Openheimer, el constructor de la bomba, se vio a sí mismo como el destructor de mundos; era un sentimiento que Einstein hacía suyo. Si la humanidad del S. XX no estaba preparada para la Relatividad General, mucho menos para la TdT. Él persiguió aquella teoría por anhelo científico, pero es poco probable que la hubiera publicado. Sócrates tenía indicios de que Felder había logrado una TdT sólida, pero que no la ocultó ante el temor transmitido por Einstein de lo que los hombres podrían hacer con semejante poder. La escondió de tal forma que para descubrirla fuera necesario un nivel tecnológico que demostrara que la Humanidad sabría utilizarla con sabiduría. Mi cara debía ser un poema, así que Sócrates me lo aclaró sin preguntarle: Tobías Felder formaba parte del equipo de Margaret Hamilton que desarrolló el programa del AGC. Ahora sabía dónde estaba la TdT. Tiró la fotografía encima de su mesa atiborrada y la mirada en diagonal de Margaret se cruzó con la mía durante mucho rato. Luego me revolví en la silla y le recordé a Sócrates que el Eagle fue abandonado en órbita lunar y se estrelló al cabo de un tiempo en un lugar desconocido. Si la TdT estaba codificada en su AGC, se había perdido para siempre. Sus ojos azules me miraron con tanta fuerza que me sentí taladrada mientras me explicaba que en realidad no había sido así. Hacía muchos años que había descubierto que el Eagle fue enviado a una órbita solar estable, entre Venus y Mercurio. Nunca se estrelló contra la Luna. Durante cuarenta años se había devanado los sesos buscando el motivo de ese engaño, y quién lo había urdido, y ahora todo encajaba.

21 de mayo de 2169

¡Todo se está marchando al carajo! Nuestra gran misión se ha convertido en una farsa. Allí abajo las negociaciones con la ONU son puro teatro, no hay ninguna intención de forzar la mano, mientras que aquí la situación ya es insostenible. Después de la asamblea con la comisión, los hombres se sintieron respaldados. Las agresiones se volvieron constantes. Al final las mujeres nos hemos agrupado en un sector de la base, con los accesos protegidos por infantes de marina armadas. Las pocas que habían establecido una relación más o menos estable con algún hombre también se han mudado. No se sienten seguras. Solo salimos de nuestro sector en grupo y armadas. ¡Es una locura! ¡Somos soldados! Debemos apoyarnos unos a otros por encima de todo, pero en esta base eso ha resultado una sucia patraña.

30 de mayo de 2169

Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. De las agresiones más o menos espontaneas los hombres han pasado a una emboscada en toda regla, con el peor de los finales posibles. Una escuadrilla volvió ayer de un ejercicio de entrenamiento no programado. Una de las naves fingió tener problemas técnicos y aterrizó de mala manera, causando algunos desperfectos. El oficial al mando pidió la presencia de un equipo de mantenimiento para evaluar los daños. Si hubiera sido un entrenamiento planificado, habría habido un grupo numeroso de técnicas y algunas de mis infantes de marina; pero no había vuelos previstos y solo estaban en el hangar dos jóvenes, realizando tareas de rutina. Mientras estudiaban los daños, los pilotos las cercaron y se les echaron encima sin darles tiempo a empuñar las armas. Luego las violaron en grupo de la forma más brutal, arengándose, penetrándolas por todas partes mientras los demás las vejaban y golpeaban. Cuando se fueron, una de las chicas estaba muerta. La otra logró pedir auxilio a malas penas y contar lo sucedido. Falleció en la enfermería.

El general al mando no ha tenido más remedio que organizar una comisión de investigación en toda regla, tres hombres y una mujer, yo (por orden imperativa e inexcusable), pero no hay mucho que investigar. Los hombres lo niegan todo, admiten un entrenamiento no planificado para escapar del aburrimiento al que los condenamos con nuestra actitud. Acusan del accidente a la ineptitud de las responsables de mantenimiento y aseguran que abandonaron el hangar mientras las técnicas revisaban los daños. Todos tienen docenas de testigos con los que se encontraban minutos después del aterrizaje. ¡Asesinos mentirosos! El dictamen oficial es que todo ha sido una conspiración para encubrir un accidente causado por la negligencia de las técnicas, en el que ambas han fallecido. Insinúa que los desgarros anales y vaginales pueden deberse al uso de juguetes sexuales entre ellas.

El general al mando ha dado por bueno el dictamen y ha cerrado la investigación.

He convocado a las oficiales de mayor rango para formar un Estado Mayor. Esto no va a quedar así.

1 de junio de 2169

Dos días interminables de discusiones, consultas, dudas, más discusiones, más consultas, asambleas incluso… pero es lógico, esto es una rebelión en toda regla, y tendrá consecuencias, puede que muy graves. A mí ya me da lo mismo, yo estoy sentenciada desde el día que le dije lo que le dije al jefe de la comisión de investigación, y cuando vuelva a la Tierra me espera un consejo de guerra, pero todas las demás piensan en su futuro, en sus carreras, unas más que otras, claro; pero ninguna olvida a las dos chicas, ininguna!, eso es lo que ha permitido llegar a un acuerdo. Tenemos la lista de los seis culpables. Vamos a capturarlos, vivos, los vamos a traer aquí y los vamos a juzgar. Un juicio honesto en el que tendrán derecho a la defensa y capacidad para ejercerla, no la pantomima de la comisión de investigación en la que me obligaron a participar.

Va a ser un asalto en toda regla, pero no queremos que haya bajas en ninguno de los dos lados. Me he devanado los

sesos junto con el Estado Mayor que he formado, hasta tener un plan, un buen plan.

Esta noche iremos a por ellos, sin derramamiento de sangre, y se hará Justicia.

Ninguna podría volver a dormir tranquila si no lo hiciéramos, eso es lo que nos ha unido.

Sócrates me explicó entonces que Snoopy, el módulo lunar de la misión anterior, el Apolo 10, ya había sido lanzado a una órbita solar estable. El módulo lunar es la parte del cohete Apolo que aterriza en la Luna. Consta de dos partes unidas: la inferior es el módulo de descenso y la superior, el módulo de ascenso y habitación, es donde los astronautas viven mientras están en la Luna. Cuando llega el momento del regreso las dos partes se separan y el módulo de ascenso utiliza el módulo de descenso como plataforma de lanzamiento. El módulo lunar del Apolo 11, el primero que se posó sobre la Luna, se llamaba Eagle. Después de abandonar la Luna se acopló en el espacio al módulo de mando y servicio, el Columbia, con el que los astronautas regresarían a la Tierra. El Eagle quedó abandonado en un órbita lunar inestable y se estrelló en algún lugar desconocido de la Luna. Esta es la historia oficial. Nunca se encontró el punto de impacto del Eagle y Sócrates dice que es porque nunca se estrelló. Después de que el Columbia se desacoplara e iniciara el regreso, el AGC del Eagle se activó siguiendo un programa oculto. Disparó el cohete que le había permitido despegar de la Luna y se dirigió al Sol, hasta alcanzar una órbita estable a mitad de camino entre Venus y Mercurio. Aquel día, en su despacho del Museo Nacional de la Exploración Espacial, yo le escuchaba atónita. A medida que hablaba lo dominaba la pasión. Los ojos azules desprendían chispas. Los rizos plateados se sujetaban como podían a la enorme cabezota oscura, que asentía con fuerza a sus propias palabras, para no salir despedidos. Las manazas batían el aire a su alrededor, al final de unos brazos como troncos de árbol. Pero era su voz, su voz masculina de barítono, la que me tocaba el alma. Una voz que podría haber sido la de Christian si hubiera vivido cincuenta años más. Hubo momentos de la larga disertación de Sócrates en los que cerré los ojos y me dejé mecer en aquella voz sin prestar apenas atención a las palabras, solo la voz. El recuerdo de todo lo que me contó es nebuloso, pero vino a decir que cuando preparaba su

segunda tesis doctoral, cuarenta años atrás, sobre las misiones Apolo, encontró parte de los planos del AGC del Apolo 11, y de su programa. En aquellos planos, ¡planos de papel!, junto a los esquemas de los bancos de memoria, cuatro de memoria dinámica y treinta y dos de memoria estática, había algunas anotaciones a lápiz que parecían indicar que el número total de bancos de memoria era muy, muy superior al oficial. En los restos del programa descubrió una secuencia que utilizaba los treinta y seis primeros bancos para direccionar un espacio de almacenamiento muchísimo mayor; potencialmente de 36864 bancos de memoria, cada uno de ellos de un tamaño desconocido. Pero había algo aún más importante: Sócrates descubrió en los restos del programa del AGC la secuencia de encendido del cohete tras el desacoplamiento del Columbia y las instrucciones para guiarlo hasta una órbita solar estable. Gracias a esos datos y utilizando la red de detección y seguimiento de meteoritos pudo localizar el Eagle, en su órbita a sesenta millones de kilómetros del Sol y a unos noventa millones de kilómetros de la Tierra.

Sócrates me llevó a los sótanos del museo, a los almacenes, y sacó los planos del AGC con las inescrutables anotaciones a lápiz junto al esquema de los bancos de memoria; también me enseñó las tarjetas perforadas que contenían parte del programa del AGC y las transcripciones que él mismo había hecho. Todo aquello era muy impresionante, de hecho yo estaba emocionada por ver aquellos diseños que habían permitido el primer alunizaje, pero las derivadas que Sócrates realizaba solo estaban avaladas por su palabra. Luego volvimos a su despacho y activó el hológrafo. Inmediatamente reconocí una imagen esquemática del Sistema Solar, una integración en tiempo real, según explicó, de imágenes y datos de la red de detección y seguimiento de meteoritos, más algunas otras fuentes. Sócrates movía sus manazas para manipular la imagen hasta que Venus, Mercurio y el Sol ocuparon todo el centro de su despacho, con las órbitas de los dos planetas señaladas por líneas de diferente color. En respuesta a un gesto de Sócrates, entre ellos apareció otra línea e inmediatamente, sobre ella, señalando un punto concreto, un panel informativo en el que pude leer «Eagle» y una retahíla de datos que supuse que eran coordenadas. Fijé mi atención en ese punto, tal como me pedía Sócrates mientras él agrandaba esa región. El Sol desapareció y luego los planetas, solo quedó el panel indicador marcando un punto de la línea que señalaba la órbita. Sócrates amplió más la imagen y yo sentí que me

ahogaba. Era un punto diminuto, apenas mayor que una mosca, pero la silueta no admitía duda. Lo amplió un poco más, hasta el tamaño de la punta de un dedo, era el máximo posible me explicó. No respondí, estaba embobada contemplando aquella miniatura que era la etapa de ascenso del módulo lunar Eagle, en tiempo real, como insistía Sócrates, bueno, en realidad con algo más de cuatro minutos de retardo, por el tiempo que tarda en llegar aquí la imagen desde la órbita solar.

Sócrates aprovechó mi pasmo para lanzar su bomba. Teníamos que ir a buscar el Eagle, la TdT tenía que estar allí, en los bancos de memoria secretos, escondida por Tobías Felder en un lugar al que la Humanidad solo tendría acceso cuando alcanzara un nivel tecnológico que demostrara que podía hacer un buen uso de ella. El razonamiento de Einstein venía a ser que si había una tercera guerra mundial, la siguiente se libraría con cachiporras. Nosotros habíamos superado el Siglo Perdido, que fue mucho peor que ninguna guerra anterior, sin regresar a las cachiporras. De aquella época oscura surgió UniMon, que llevaba doscientos años garantizando la paz en todo el planeta. Una institución no democrática que preservaba la democracia. La historia de la Humanidad tiene un buen registro de contradicciones aún mayores y esos doscientos años de paz y convivencia habían permitido un progreso incomparable con las épocas anteriores. La Tierra no era perfecta, pero había más gente con posibilidad de alcanzar la felicidad que en ningún otro momento de la Historia de la Humanidad. Eso nos hacía merecedores, según Sócrates, a la TdT y gracias a ella, y sus ojos se iluminaban mientras lo decía, volveríamos al espacio, para no abandonarlo ya nunca jamás. Yo lo miré llena de asombro, pensando que había perdido la cabeza. Puede que hubiéramos acumulado méritos suficientes para recibir la TdT, pero no disponíamos de la tecnología para ir a buscarla. No se pueden recorrer noventa millones de kilómetros con una lanzadera de hidrógeno. Hace falta una nave de espacio profundo, con una enorme planta de fusión que produzca electricidad suficiente para alimentar tres motores de plasma gigantescos, capaces de impulsarte a trece kilómetros por segundo; eso es una NEP, eso es lo que necesitamos para llegar al Eagle, y no hay ninguna, las que sobrevivieron al Desastre fueron desguazadas al finalizar el Repliegue; una NEP completa o casi completa es el sueño húmedo de todos los chatarras, pero no había ninguna. Los ojos azules de Sócrates iluminaron la habitación cuando me aseguró que sí que existía una NEP, que era operativa y que él sabía dónde encontrarla.

6 de junio de 2169

Hoy he dejado de llorar.

Después de cuatro días...

¿Cómo pudo ocurrir?

¿Cómo se nos fue todo de las manos de esa manera?

¿Y ahora qué?

Yo, Capitana Graco, de la Infantería de Marina de la Unión Mediterránea, asumo toda la responsabilidad. Todos mis oficiales y soldados actuaron bajo mi mando y cumplieron mis órdenes.

Sé que no sirve para nada, que no soluciona nada y que el castigo caerá sobre nosotras, sobre todas nosotras, pero me hace bien escribirlo. Me tranquiliza, me vuelve a mi punto de equilibrio.

Yo, Capitana Graco… creo que voy a llorar otra vez.

Hace cuatro noches nos desplegamos por la base conforme al plan que habíamos trazado. Había maniobras de distracción, ataques simulados, señuelos y fintas dentro de las fintas para ocultar la penetración que llevaría a cabo yo, al frente de mi pelotón, para arrestar a los seis acusados y traerlos a juicio. Había planes de contingencia, fuerzas de reserva, puntos de reunión seguros… todo estaba previsto, todo menos que hubiera una traidora, alguien de mi Estado Mayor comunicó al general al mando nuestro plan, toda la operación, hasta el último detalle.

El enemigo no estaba donde se suponía que debía estar. Las grupos de asalto recorrían salas y pasillos vacíos mientras que los de reserva se encontraban con resistencia inesperada y todo tipo de contingencias ilógicas.

Debí quedarme en el puesto de mando, donde confluía toda la información, y seguro que me hubiera dado cuenta antes, pero me hervía la sangre, quería participar, estar al frente de la acción, ser yo la que esposara a aquellos seis miserables, por eso me puse al mando de mi pelotón. Por el enlace táctico la información del conjunto me llegaba resumida y fraccionada y, sin tiempo para analizarla con calma, tardé demasiado en comprender lo que ocurría. En realidad hubiera estado ciega

hasta el final de no ser por mi artificiera. Teníamos que volar una pared para llegar a nuestros seis objetivos. Siguiendo su minuciosa rutina, la escaneó para elegir el lugar donde colocar las cargas y descubrió las minas escondidas en ella. Entonces lo entendí todo, entonces los informes que me llegaban por el enlace táctico adquirieron sentido. Me desgañité ordenando que se abortaba la operación, todo el mundo a los puntos de reunión, rápido, rápido, rápido… azuzaba a mi propio pelotón al mismo tiempo que gritaba por el enlace de comunicaciones, hasta que oímos la explosión a nuestra espalda y la onda expansiva nos lanzó hacia adelante. Nos libramos por muy poco, pero por el enlace táctico me llegó el caos. Todos los equipos habían sido atacados con dureza al mismo tiempo. Muchos habían tenido menos suerte que mi pelotón.

Habíamos diseñado una operación incruenta, pero los hombres no habían tenido tantos miramientos, al fin y al cabo sus manos ya estaban manchadas de sangre.

Luego vino la masacre.

En aquella primera embestida sufrimos bajas importantes, pero no fueron capaces de rematarnos. Conseguí reagrupar a todas las supervivientes y contraatacamos. Habíamos dejado demasiadas amigas a la espalda. Contraatacamos con el dolor de su pérdida y con la rabia acumulada en estos dos años de acosos y humillaciones, con el ansia de venganza por nuestras muertas, con la saña que el olor a sangre y pólvora nos insuflaba. Nos convertimos en demonios inclementes. Su plan de batalla no era tan metódico como el nuestro. Habían pensado que en la primera arremetida quedaríamos derrotadas y nos retiraríamos. Nunca pensaron que nos revolveríamos contra ellos ni que lo haríamos con semejante furia. Fue un vendaval de muerte lo que cayó sobre los hombres, sobre todos los hombres, hasta no dejar ni uno.

Los asesinamos a todos… a todos…

7 de junio de 2169

He enviado mi informe a la Tierra. Lo he firmando como «Capitana Graco, oficial al mando», puesto que no queda nadie de más rango que yo. Lo he explicado todo con minuciosidad, sin omitir nada. Me hago responsable de todo lo ocurrido, la única responsable. Yo reuní el Estado Mayor, yo bosquejé los trazos principales de la operación de arresto y exigí que se completaran los detalles, yo asumí el mando táctico en el momento de su realización… yo dirigí el contraataque cuando fuimos emboscadas. Me recuerdo a mí misma cargando contra las barricadas que los hombres habían levantado a la desesperada, mientras gritaba por el enlace táctico que no se hicieran prisioneros, que era el todo o nada. Por si no lo recordara, ahí están las grabaciones, las he escuchado muchas veces, quizá demasiadas.

Ahora toca esperar.

Esta base es una operación de alto secreto dirigida por el Centro de Inteligencia, que reporta directamente al gabinete privado del todopoderoso Ministerio de Protección y Seguridad. En la Tierra hay menos de veinte personas que sepan de nuestra existencia. Si llegara a ser de conocimiento de la ONU que el gobierno de la UM había planeado y preparado una operación armada contra la flota de abastecimiento de las colonias, las consecuencias serían gravisimas. Ahora que todo se ha ido al carajo de la forma más inesperada, sus opciones son reducidas. No pueden arrestarnos y someternos a un juicio, acabaría trascendiendo por muy en secreto que lo quisieran hacer. Lo mejor sería eliminarnos, por supuesto, pero no tienen capacidad para asaltar esta base por la fuerza y no pueden destruirnos a bombazos desde el espacio sin llamar la atención.

No sé lo que va a pasar.

20 de junio de 2169

¡Nos abandonan!

¡Esa ha sido la respuesta!

Oficialmente, nos ha juzgado un tribunal secreto y nos ha sentenciado a cadena perpetua, que deberemos cumplir en un penal militar, es decir, aquí mismo. El comunicado incluye una detallada advertencia de que cualquier intento de fuga o de comunicación con el exterior, será castigado con el máximo rigor, incluido el uso armás estratégicas.

Traducido: si de cualquier manera revelamos a la Tierra nuestra existencia, ya no tendrán ningún motivo para mantener el secreto, así que acabarán con nosotras, que es lo que realmente les gustaría hacer: una bomba de hidrógeno y todas al carajo. Las explicaciones serán más fáciles si no hay nadie para desmentirlas.

Nos han condenado a la muerte en vida en un ataúd gigante. La granja y la central de fusión seguirán en servicio indefinidamente, así que el aire, el agua y la comida no nos faltarán, pero los equipos necesitan mantenimiento, se producirán averías, hasta que un día falle algo crítico y todo se acabe. Incluso si eso no llegara a ocurrir, languideceremos despacio, aquí encerradas, hasta morir de viejas.

Sé que muchas no lo soportarán y preferirán acabar por la vía rápida, aunque no por su propia mano, son más fuertes que todo eso. Lo más probable es que se la jueguen: o salir de aquí, o que nos achicharren a todas.

21 de julio de 2169

Ha pasado un mes desde que llegó nuestra sentencia, un mes de calma tensa, en el que la mayoría aún estamos digiriendo las consecuencias.

Lo que prevalecía era una autocompasión de mierda.

Hasta hoy.

El satélite que nos permite, que nos permitía, comunicar con la Tierra ha sido reprogramado y ya no acepta nuestras transmisiones, pero seguimos recibiendo señal de la Tierra, incluidos canales públicos. Hoy se inauguraba el nuevo espacio-

puerto de Lagrange 5. La ceremonia se transmitía por múltiples cadenas y casi todas nos hemos reunido para verla en la gran pantalla del salón de actos.

Aún nos consideramos parte de la Tierra, o nos considerábamos, porque no sé cómo nos afectará lo que hemos visto hoy, todavía tenemos que procesarlo. Algunas no van a ser capaces, las que ya estaban al límite. Hemos vivido dos impactos del carajo: primero «aquella» noche que ninguna puede olvidar, que a muchas todavía causa pesadillas, y luego nuestra condena de por vida. Ahora súmale esto. Alguna se romperá, estoy segura.

El programa ha comenzado con el típico reportaje de presentación, la construcción y todo ese rollo, y luego han pasado a enseñarlo en detalle. Unas cuantas ya hemos estado allí, en diferentes misiones durante la construcción, pero para muchas era la primera vez que lo veían con tanto detenimiento, y era lo más grandioso que la Humanidad había construido. El anillo, un tubo presurizado de un kilómetro de grosor, tenía cien kilómetros de diámetro. En el centro del anillo la central de fusión, un huso de veinte kilómetros de longitud que atravesaba el plano como el eje de una rueda. La central producía electricidad suficiente para alimentar a Roma, Rabat y Madrid y aún le sobraría. El huso estaba unido al anillo por un sinfín de cables y tubos para darle al conjunto resistencia estructural y permitirle girar lentamente, lo suficiente para generar un vigésimo de gravedad terrestre en el interior del anillo. En el exterior de la rueda, más de un millar de puntos de atraque para todo tipo de naves, desde lanzaderas a todos los tamaños de NEP. En un alarde de visión de futuro había atraques para NEP cinco veces más grandes que las más grandes de las actuales, es decir, de diez kilómetros de longitud…

¡Visión de futuro! ¡Qué irónico suena!

El espectáculo era magnífico. Debía haber no se cuantos centenares de lanzaderas y unas cincuenta NEP atracadas o maniobrando alrededor del puerto, eso es como dos tercios del total de las que están en servicio. Han tenido que programar las rutas con años de antelación para lograr semejante

concentración. La mitad de ellas hacían servicio de protocolo: traían a las delegaciones de las colonias, ninguna había querido perderse este momento. Estaban decoradas con los emblemas correspondientes: los leones de las nieves de Barusia, el quasar de Castilia, la tormenta roja de de Nueva Tokio, el bosque amazónico de Mato Grosso… y por todas partes el fulgor de los motores de plasma, un espectáculo de colores como jamás se había visto, pero, por desgracia, nada comparado con lo que íbamos a ver.

Mientras el locutor seguía con su parloteo, en el salón de actos nos dimos cuenta de que algo no iba bien. De los extremos del huso central surgía una radiación azulada. Al principio difusa y apenas visible, pero que se condensó en un grueso rayo de un azul cobalto. Alguien empezó a gritar que tenían que evacuar inmediatamente, que dieran orden a todas las naves de alejarse de inmediato, que pusieran las NEP a salvo, que las lanzaderas sacaran gente a destajo… a los pocos minutos de aparecer la radiación azulada el salón de actos se convirtió en una especie de mercado callejero en el que todas intentaban hacerse oír.

Sobre todo su parloteo, la cálida voz profesional del locutor, casi lujuriosa, seguía desgranando la magnificencia del puerto, la espectacular decoración de las NEP de protocolo, la llegada de la lanzadera oficial que traía a la delegación de tal o cual estado terrestre. A medida que nos percatábamos de que nadie nos escuchaba, que nadie nos podía escuchar, que ya nadie nos escucharía nunca jamás, fuimos enmudeciendo. Tenía que haber muchos otros que se dieran cuenta de lo que iba a ocurrir, que el puerto estaba perdido y que apenas disponían de unos minutos para salvar las NEP y evacuar en las lanzaderas a tanta gente como fuera posible… pero nadie hizo nada. O nadie se atrevió a dar la alarma o el mensaje tardó en atravesar las densas capas de la jerarquía de mando más tiempo del que había disponible.

Unos minutos después de iniciarse la radiación azulada los extremos del huso explotaron y de ellos surgieron dos chorros de plasma diez veces más densos y calientes que el del motor de

una NEP. Una estrella acababa de nacer en el centro de la mayor estructura que el espíritu humano había sido capaz de construir. Una estrella que había emitido su primer quejido y que pronto rompería a llorar con toda la fuerza de sus pulmones.

Los chorros de plasma consumían el huso centímetro a centímetro, retrocediendo y aproximándose. Cuando confluyeran en el centro, la estrella acabaría de nacer. Por fin alguien le dijo al locutor que cerrara el pico y se metiera de cabeza en la lanzadera más próxima. Vimos, ahora sí, las enormes NEP maniobrar como lentas y grávidas matronas. Algunas encendieron sus motores de plasma sin respetar la distancia de seguridad, abriendo enormes agujeros en el anillo exterior. Era una decisión encomiable que hablaba del temple de los capitanes. El puerto ya estaba perdido, y todos los que se encontraban dentro. Tanto daba que los matara el chorro de plasma de su nave o el de la central de fusión. Se me pasó por la cabeza que igual no hubieran sido tan fáciles de doblegar como los mandos y yo misma habíamos pensado. Pero a pesar de la destrucción y los daños que los motores causaban en la estructura del puerto, las NEP se movían con una lentitud exasperante. Cuesta mucho acelerar esos leviatanes hasta que adquieren una velocidad apreciable. Empezamos a apretar los puños, jaleando en silencio a las parsimoniosas naves inmersas en una nube de lanzaderas que maniobraban en torno a ellas como pollos sin cabeza. Nadie parecía haber tomado el mando para organizar un rescate con un atisbo de organización. Cada capitán de lanzadera parecía obedecer tan solo a su coraje y a su habilidad. Algunos huían y sus estelas de plasma se perdían a lo lejos, mientras otros iban de atraque en atraque, rescatando a los que podían, o pescaban a los cientos que se habían lanzado al vacío en trajes espaciales, todos con un ojo puesto en los chorros de plasma del huso central. Cuando apenas los separaban unos cientos de metros, la mayoría de las lanzaderas pusieron por fin espacio de por medio; aunque algunos más valientes o más inconscientes apuraban los últimos instantes. Apenas media docena de NEP parecían haberse alejado lo suficiente.

La transmisión llevaba en cámara fija mucho rato. Debía estar instalada en un satélite a algunas decenas de kilómetros del puerto. La vista de los chorros de plasma del huso central era perfecta.

En el salón de actos se inició un murmullo que pronto se elevó de tono hasta convertirse en un grito al unísono, un grito ensordecedor: alguien había iniciado una cuenta atrás. Me uní a ella cuando llegó a diez y grité los números como no había gritado desde que me dieron la primera palmada en el culo. Quién inicio la cuenta atrás sabía del tema. Cuando los dos centenares de gargantas coreamos el cero, los chorros de plasma se encontraron y de su abrazo surgió un destello blanco que llenó la pantalla. La explosión había saturado todo el campo visual. Luego se quedó en negro. La estrella recién nacida había devorado la cámara, a pesar de que no parecía estar a menos de cincuenta kilómetros.

Alguien empezó a cambiar de canales con frenesí, hasta dar con uno que emitía desde una cámara situada a unos quinientos kilómetros del puerto, la mínima distancia de seguridad. La gigantesca bola blanca que había sido el gran puerto de Lagrange 5 llenaba la mitad de la pantalla y seguía creciendo. En su periferia se veían los chorros de plasma de varias NEP que intentaban acelerar más deprisa que la expansión de la estrella. Vimos cómo fracasaban y eran engullidas por la voracidad de la recién nacida. Solo una consiguió alcanzar velocidad suficiente. La vimos crecer mientras venía directa hacia la cámara. Al cabo de unos instantes pasó sobre nosotros, llenando la parte superior de la pantalla con los azules y verdes del emblema de Iberia. Luego solo quedó la nube blanca, apropiándose de la pantalla segundo a segundo.

Empezamos a marcharnos, cabizbajas y silenciosas. Traumatizadas. ¿Qué va a pasar ahora? La pregunta que todas las personas del mundo se hacían en ese instante, para nosotras era, si cabe, el doble de importante. ¿Qué «nos» va a pasar ahora?

Sócrates manipulaba el holograma con las manos, mientras me explicaba que la *No está el mañana escrito* era la NEP de protocolo de Iberia, la colonia hispano-portuguesa de Io. La vista simplificada del Sistema Solar casi al completo llenó de nuevo su despacho, con el sol en el centro, luego apareció un nueva línea orbital marcada en verde, una elipse achatada en uno de cuyos extremos se situaba el sol y el otro se perdía fuera del holograma. A la *No está el mañana escrito* se la dio por perdida en el Desastre, pero hace algo menos de treinta años, la red de detección de meteoritos divisó un cometa desconocido en una órbita muy excéntrica. Pasaba demasiado lejos de la red como ser analizado con detalle. Se catalogó como objeto desconocido y se le hizo el seguimiento habitual hasta que se ocultó tras el Sol. Cuando Sócrates descubrió que el Eagle había sido enviado a órbita solar e inicio su búsqueda, estudió montañas de datos sobre los objetos desconocidos que pululan por el Sistema Solar; uno de ellos fue aquel cometa con una órbita tan excéntrica que nadie se había dignado en estudiar y lo que descubrió era tan extraordinario que no se atrevió a publicarlo. En el holograma apareció un puntito sobre la linea orbital de color verde, señalado por un panel informativo con su signatura y coordenadas; era la posición del objeto hacía algo menos de treinta años, cuando estaba a punto de perderse tras el Sol, la mejor imagen de que disponemos. Era una imagen diminuta, pero tenía el perfil típico de una NEP; quise saber qué le hacía pensar que se trataba de la *No está el mañana escrito* y la imagen se amplió al máximo, no más que mi dedo índice. Sobre el costado se veían colores difusos en los que predominaba el verde y el azul. Por encima de ella apareció una toma de la *No está el mañana escrito* del día del Desastre, poco antes de que la central de fusión de L5 colapsara y se convirtiera en una diminuta estrella. Sobre su costado lucía el emblema de Iberia, compuesto por dos árboles entrelazados, un roble y una encina, muy verdes, rodeados por el azul intenso de los los mares y océanos que bañan la Península Ibérica. El perfil del objeto desconocido coincidía con el de la nave y los colores difuminados de su costado eran los de la *No está el mañana escrito*. Sócrates había revisado los emblemas de todas las naves de protocolo desaparecidas en el Desastre y el de Iberia era el único en el que predominaban el verde y el azul. Segundos antes de ser destruida por la onda expansiva, una cámara de televisión situada a quinientos kilómetros de L5 grabó a la *No está el mañana escrito* pasando junto a ella. No se volvió a saber nada de

la nave. La teoría de Sócrates era que la explosión la envió a una órbita excéntrica, convertida en un cometa que había tardado tres siglos en regresar a las proximidades del Sol. Cuando le pregunté que qué parte de esa teoría avalaba la idea de que la nave era operativa me miró como un chiquillo pillado en falta. De hecho, para que Sócrates tuviera razón, la nave no podía estar operativa, de lo contrario su IA la hubiera traído de regreso en lugar de quedar a merced de las fuerzas gravitatorias, convertida en un pecio espacial… un pecio que valía diez fortunas. Me dejé llevar por la codicia, lo reconozco. La idea de alcanzar el Eagle y la TdT era irrealizable, pero la *No está el mañana escrito* saldría de detrás del Sol en unos días y no tardaría en entrar en el alcance de las lanzaderas. Para cuando los demás chatarras supieran de su existencia, yo ya estaría en el espacio, esperándola… con Sócrates, por supuesto.

22 de julio de 2169

Tara era mi artificiera. Llevábamos varios años juntas y habíamos pasado por mucho. Fue ella la que descubrió las minas que estuvieron a punto de matarnos la noche del ataque. No se ha presentada a la revista de la mañana y he enviado a buscarla. Estaba en su cabina, en la cama, con la cabeza reventada de un disparo. Todavía estaba caliente. Creo que fue impremeditado. Sonó diana y no encontró motivos para levantarse. Cogió su pistola y cortó por lo sano. He confiscado todas las armas, pero no creo que sirva de mucho.

Aguardamos a la *No está el mañana escrito* más allá de la órbita lunar, al límite del alcance de la lanzadera. Me había reservado tan solo una pequeña carga de hidrógeno que nos impulsaría al encuentro con la Tierra si no podíamos abordar la NEP o no era posible repostar en ella; en ese caso la vuelta sería larga de cojones. La aparición de la nave no provocó precisamente una conmoción planetaria. Fue noticia de interés en las subredes científicas durante unos pocos días pero apenas trascendió al gran público. Los terrestres viven de espaldas al espacio, algo que espero que Sócrates logre cambiar. En el mundo de los chatarras se vivió con excita-

ción, hasta que descubrieron que me había adelantado; todos volvieron entonces a sus rescates cotidianos.

Sócrates y yo teníamos esperanzas dispares. Yo confiaba en que al menos uno de los tres motores se pudiera encender el tiempo suficiente como para sacarla de su órbita cometaria y situarla en algún punto estable al alcance de las lanzaderas, donde yo y toda mi familia nos aplicaríamos con denuedo a desmantelarla. Sócrates quería ponerse al mando, dar media vuelta e ir al encuentro del Eagle, a noventa millones de kilómetros de donde nos encontrábamos. Llevábamos con humor esa diferencia de objetivos. Yo estaba convencida de que Sócrates quedaría defraudado. La nave tenía que estar irremediablemente dañada para que la IA no la hubiera hecho regresar, o quizás fuera la propia IA la averiada, lo que tanto daba. No se puede dirigir una NEP en modo manual, solo una IA, su IA, puede gobernarla. Si ese era el problema, encender uno de los motores durante algunos segundos, quizás un par de minutos, era lo más que podría hacer con la ayuda de la IA de la lanzadera.

La IA de la nave no respondió a ninguno de nuestros intentos de comunicación, así que hubimos de gastar una parte de nuestra reserva de hidrógeno en igualar velocidades. En cuanto la lanzadera cruzó el umbral del atracadero la dársena se iluminó y los sistemas automáticos se pusieron en funcionamiento. Una vez posados fuimos empujados a una esclusa presurizable. Poco después una luz verde indicaba que ya podíamos desembarcar. Al dar los primeros pasos sobre la cubierta sentí un temor reverencial. Aquella nave surgida de las profundidades del tiempo pertenecía a otra época. Era el signo de un impulso que nos había llevado a los límites del Sistema Solar, de un ansia de conocimiento, de una curiosidad insaciable que había desaparecido. Grabados sobre el acero del mamparo principal, esculpidos más bien, los versos que habían inspirado el nombre de la nave lograron erizarme los vellos de la nuca:

> ¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
> al mañana, mañana al infinito;
> ¡hombres de España, ni el pasado ha muerto,
> ni está el mañana —ni el ayer— escrito!
>
> *El dios ibero*
> *Antonio Machado*

El estado general de la nave no era malo, pero lo más importante, su alma, su IA, no hacía acto de presencia. Sintonizamos los comunicadores con la IA de la lanzadera y esta nos guió hasta el puente de mando, a través de pasillos interminables que se iluminaban a nuestro paso. Nada más entrar, una voz bronca nos acusó de asalto, abordaje ilegal, piratería y no sé cuantas cosas más.

10 de septiembre de 2019

Los suicidios se suceden inexorables, uno o dos por semana. ¡No lo entiendo! ¡No quiero entenderlo! ¡Nunca lo aceptaré! ¡Estamos vivas! Nuestras opciones de tener una vida plena no han desaparecido, solo tenemos que construir las condiciones adecuadas. Si la Tierra no nos quiere, démosle una patada a la Tierra. Hagámonos selenitas, construyamos aquí una sociedad que algún día sea la envidia de la Tierra, sin hombres. Mujeres con mujeres creando civilización, eso que a los hombres se les da tan mal. Seamos solidarias, amables, compasivas, seamos lo que somos sin querer parecernos a ellos, construyamos algo nuevo y diferente, y mejor… ¿cómo conseguiría que lo entendieran?

¡La IA funcionaba! No me lo podía creer, y el estado general de la nave parecía bueno. ¿Por qué había desaparecido durante tres siglos? La IA se escudó en la acusación de piratería para no contestar a nuestras preguntas. Si éramos piratas, tampoco tenía que obedecer nuestras órdenes. Las IA de las NEP son máquinas poco amables. Durante los largos cruceros regulares la tripulación no tiene mucho que hacer y se corre el riesgo de que la disciplina se relaje. Para evitar eso sus IA están dotadas de la personalidad de un sargento mayor con unas botas de tres números menos.

Tras una larga batalla dialéctica Sócrates logró abrir brecha en los sólidos argumentos de la IA gracias a sus conocimientos de la legislación anterior al Siglo Perdido. La IA admitió que no había tripulación a bordo desde el Desastre. Todos perecieron aquel día. Por tanto el estado de la nave era «En espera de Comandante» y en ese estado estaba obligada a validar en el Mando Logístico de la Armada las credenciales de cualquiera

que abordara la nave alegando ser el nuevo Comandante, el problema es que el Mando Logístico de la Armada desapareció junto con la ONU, durante el Siglo Perdido. Sócrates obligó a la IA a probar todos los medios de establecer contacto, hasta que todos fallaron, lo que forzaba a la IA a admitir que el Mando Logístico de la Armada estaba inoperativo, por lo que su estado real era «Comandable». Vi brillar los ojos azules de Sócrates cuando atacó con el anexo no sé qué no sé cuantos de no sé qué código para situaciones de emergencia, según el cual una IA «Comandable» debía aceptar el mando de cualquier oficial de alto rango perteneciente a una organización supranacional terrestre, siempre que pudiera validar sus credenciales. Sócrates es Almirante de la Armada de UniMon, del Servicio Civil, pero Almirante, que era lo que contaba y lo que la IA pudo validar en varios centros de datos terrestres. Los chatarras tenemos fama de malhablados, pero el chorro de blasfemias en medio del cual la IA aceptó el mando de Sócrates contenía al menos una veintena de tacos desconocidos para mí.

La primera orden de Sócrates fue requerir un informe detallado de estado. Al momento apareció la imagen de la nave en el foso de hologramas. Durante varias horas, sección por sección, la IA detalló el estado operativo de cada sistema funcional. Cuando acabó, nosotros nos miramos. Había un motor en buen estado, otro inservible, y el tercero podría funcionar un número impredecible de horas. En una NEP todo está triplicado y la nave puede funcionar con que solo uno de los componentes sea operativo y eso vale para los motores, aunque con un solo motor sus prestaciones son reducidas. Contra todo pronóstico teníamos una NEP más o menos operativa, con la que se podía llegar al Eagle. Sócrates me miró con el aspecto de un perro mojado esperando una toalla. Lo más inquietante era que solo funcionaba un sistema autónomo de salvamento, individual, pero nosotros teníamos la lanzadera. ¿Cómo podía negarme?, además, ¿cómo dejar pasar la ocasión de viajar más allá de Venus?

Las tres plantas de fusión, el corazón de la nave, estaban intactas y eso significaba energía sin mesura. Si tienes energía y productos químicos elementales, y de eso los almacenes estaban a rebosar, tienes lo que necesites: agua, oxígeno y comida en cantidades ilimitadas. El estado general de la NEP era satisfactorio. Quizás los tiquismiquis del Servicio Armado le hubieran puesto pegas, yo le hubiera puesto pegas, pero ir más allá de Venus bien valía correr unos cuantos riesgos. En realidad me sen-

tía fenomenal, desde que Christian faltó no me sentía tan bien, tan ilusionada, tan esperanzada en que la vida aún me podía dar una alegría.

La única sombra en el horizonte era la IA.

Una vez que Sócrates reprogramó la ruta para ir al encuentro del Eagle y la IA ejecutó obedientemente los comandos, dispusimos de bastante tiempo libre. Sócrates lo invirtió en averiguar el motivo de que la nave no hubiera regresado tan pronto como fue posible, pero la IA era terca como un transistor fundido. Abandonó L5 para evitar la destrucción de la nave y no recibió instrucciones de regresar. Sócrates no lograba sacarla de ese enroque, pero él sabía, los dos sabíamos, que esa no era toda la historia. No podía serlo. La IA de una NEP es el artefacto más complejo que nunca hemos diseñado. Hoy ya no sabemos fabricarlas, como la electrónica en ingravidez. Las IA de las lanzaderas son a las IA de las NEP como la contabilidad a las integrales. Si alguien sabía cómo entrarle a la IA de una NEP ese era Sócrates, que les dedicó su tercer doctorado; Sócrates me explicaba, cuando la desesperación lo invadía, que los patrones conductuales de una IA están predeterminados en su núcleo y en esos patrones hay grabadas pautas de comportamiento muy estrictas que determinan que ante situaciones inesperadas y sin mando humano la prioridad sea poner la nave a disposición del Mando Logístico de la Armada. Es evidente que la *No está el mañana escrito* no hizo eso y debía tener poderosas razones para ignorar instrucciones tan en el núcleo profundo de su programación, pero Sócrates no lograba dar con ellas.

20 de diciembre de 2169

Mañana se cumplen cinco meses del Desastre, así, con mayúscula, es como lo han bautizado en la Tierra. Las noticias son cada vez peores. Con las NEP supervivientes no se puede abastecer a las colonias y no hay tiempo para construir nuevas naves. Nadie se lo plantea siquiera. El gobierno de la UM ha caído, igual que muchos otros, y los partidos antiexploración espacial, que antes eran minoritarios, han tomado el poder. Algunos están hablando a las claras de abandonar a las colonias a su suerte, haciéndolas responsables de las montañas de dinero invertidas en L5. Esos idiotas no se dan cuenta de que la

exploración espacial devuelve el cien por uno en todos los sentidos.

Estoy segura de que los jefazos, antes de irse, han borrado cualquier rastro de nuestra existencia. Sé que estamos solas del todo, pero eso ya no me angustia como antes. Ayuda el que han pasado diez días desde el último suicidio. Creo que las que hemos llegado hasta aquí ya no vamos a seguir ese camino. Puede que alguna todavía piense en huir, pero visto lo que le ocurrió al pelotón de la teniente Bujari, no creo que nadie más pruebe fortuna. Percibo una correosa determinación de sobrevivir que antes no estaba. En las semanas siguientes al Desastre tuve que permitir que la disciplina se relajara, pero ha vuelto por sí misma, lo cual es una buena noticia, ya que hay mucho por hacer. El mantenimiento de estos últimos meses deja mucho que desear. Hay que rediseñar la base para que pueda funcionar en modo autárquico durante muchos, muchos años. Esta noche celebraremos una asamblea y haremos planes para el futuro, por más extraña que parezca la idea.

Los viajes espaciales son tan aburridos como había leído. Una vez que la *No está el mañana escrito* puso proa al Eagle, había poco por hacer. Sócrates se sumergió de lleno en la tarea de desentrañar el misterio de la IA y su incapacidad, voluntaria o no, de hacer regresar la nave una vez que se puso a salvo del Desastre. Yo, por mi parte, me dediqué a inventariar el contenido de la nave y su estado. A la vuelta tenía que tomar una decisión trascendental: desmantelarla o conservarla y para eso lo primero era saber cuánto valía en dinero contante y sonante. En esas estaba cuando Sócrates apareció ante mí tan pálido que sus rizos plateados parecían oscuros. Me asusté tanto que lo hice sentar, temiendo un ataque al corazón o algo parecido, pero él me tranquilizó mientras recostaba su enorme cuerpo, con una expresión de cansancio existencial. Con aire doctoral me explicó que antes del Desastre las naciones y los bloques vivían en permanente tensión, equilibrios de poder, alianzas, bloques, guerras frías y crisis calientes… Al principio de la exploración espacial, en una de aquellas crisis se formó en la ONU un bloque que le dio a la organización el monopolio del transporte fuera de la atmósfera, para impedir que

otros revivieran los imperios coloniales de siglos pasados. A la vuelta de mucho tiempo eso se tradujo en una entrada incesante de dinero cuyo reparto nunca satisfacía a todos. Muchos gobiernos estaban hartos de esa situación, pero ninguno tanto como el de la Unión Mediterránea, titular de la mitad de las colonias, colonias que serían muy rentables de no ser por las tasas de transporte de la ONU. Yo escuchaba el discurso con medio cerebro en mis cuentas y casi se me pasó por alto cuando Sócrates dijo que la UM planeo hacerse con L5 para cambiar por la fuerza el *statu quo.* Esa operación salió mal y provocó el Desastre. Tardé unos instantes en comprender la magnitud de lo que había salido de su boca y le pedí que lo repitiera porque no estaba segura de haber entendido bien. Me explicó entonces que la IA no podía acceder a sus bancos de memoria porque habían sido bloqueados por un módulo de autoprotección que se ejecutó al dispararse la tasa de errores. El origen de esos errores era una extensión sellada por el Centro de Inteligencia de la UM, diseñada para atacar a una IA enemiga, destruirla y hacerse pasar por ella; sin embargo la programación era tan apresurada y tan chapucera que nunca pudo haber funcionado bien. La IA de la *No está el mañana escrito* inició la operación por el subsistema de la central de fusión, pero el módulo readaptado no supo controlar aquel gigantesco tokamak y provocó el Desastre. La nave huyó, la extensión entró en crisis, los errores se multiplicaron y acabó disparándose un módulo de autoprotección, cuya única prioridad es salvaguardar la integridad de la nave. Le retiró a la IA el control de navegación hasta que hubiera un mando humano y bloqueo su acceso a los bancos de memoria no operacionales, a sus *recuerdos*. Luego puso la nave en una órbita que garantizara el regreso a la Tierra sin intervención de la IA, pero era un módulo muy sencillo, nunca probado en condiciones reales, que no tuvo en cuenta la duración del viaje de retorno. Por eso cuando llegamos a bordo nos encontramos una IA gruñona y amnésica. Una IA que se sentía culpable y que había borrado, al más bajo nivel, su recuerdo de lo ocurrido y se había marchado para no volver en mucho, mucho tiempo. Lo mismo que hubiera podido hacer cualquier humano.

6 de junio de 2174

¡Cinco años ya! ¡Tanto tiempo y tan poco!

Cinco años sin hombres, cinco años sin futuro, cinco años sin esperanza… cinco años sin suicidios

¡Hemos trabajado tan duro! El abandono de los primeros meses está compensado con creces y la base es tan eficiente como el más pulcro navío de la Marina Estatal. Se han hecho estudios de todos los sistemas que fallarán y para los que no hay repuestos ya tenemos planes para sustituirlos o para desarrollar componentes alternativos o para prescindir de esos sistemas. La planta de fusión funcionará indefinidamente y donde hay energía hay vida… hasta que se agote…

No ha habido más suicidios después de la avalancha inicial, las que quedamos nos aferramos a la vida de una forma correosa y pertinaz, nos levantamos todas las mañanas y la primera idea que nos viene a la cabeza siempre es que otro día para qué… luego la borramos y acudimos a nuestras tareas, que no son pocas y no son triviales, hasta que llega el fin de la jornada y nos recluimos en nuestros camarotes y luchamos contra los malos pensamientos hasta que el sueño lo limpia todo como la marejada…

Hemos intentado celebrar alguna fiesta, alguna celebración, pero ha sido un fracaso, ¿qué festejar?, ¿qué celebrar? ¿Una despedida? ¿Una bienvenida? ¿Un éxito? ¿Una boda?… ¿Un nacimiento?…

Apenas hay relaciones entre nosotras, algo que antes ocurría con cierta frecuencia, por amor o por desahogo, ahora se ha vuelto atípico, estamos todas ensimismadas, reconcentradas en nosotras mismas, luchando con nuestros fantasmas y temerosas de no ser capaces de llevar la carga de los terrores ajenos; vivimos inmersas en una depresión colectiva en la que nos hemos convertido en eficientes bestias sin alma, como aquellos animales de la antigüedad que caían muertos después de una vida de hacer girar la noria.

La IA nos convocó al puente cuando apenas faltaban unos días para llegar al Eagle. El acceso a sus recuerdos había suavizado notablemente su carácter, pero seguía siendo un sargento mayor con malas pulgas, así que nos informó sin mucha amabilidad del fallo completo del motor número tres. Su estado inicial hacía pensar que no duraría mucho, pero yo esperaba (o deseaba) que hubiera sido algo más. Por otro lado la actividad solar se había disparado, lo que presagiaba una tormenta solar de grandes dimensiones. El viaje de ida apenas se vería afectado puesto que teníamos el impulso necesario; tendríamos una maniobra de frenado y aproximación al Eagle más lenta de lo previsto y poco más, pero el viaje de regreso sería mucho más largo, ya que con un solo motor era imposible acelerar la nave hasta los trece kilómetros por segundo de su velocidad de crucero. No teníamos ningún margen de error y si la tormenta se adelantaba nos freiríamos como circuitos sobrealimentados, pero, ¡estábamos tan cerca! El ansia pudo más que la prudencia y decidimos seguir adelante.

6 de junio de 2179

Los últimos diez años de mi vida han sido como una cerilla ardiendo en las tinieblas, sin nada ni nadie a quién alumbrar, sin nada ni nadie a quién calentar, un consumirse de la materia sin objetivo ni beneficio, soy como esos líquenes encontrados en algún asteroide cuya finalidad empieza y acaba en la propia supervivencia… ¡ni eso!, porque ese liquen buscan la perduración y yo no perduraré, ninguna de nosotras, pero eso termina hoy, termina aquí y ahora. Tengo un plan, he visto el camino a seguir, sé a donde lleva y sé que es la única forma de salir de esta agonía que todavía puede durar mucho tiempo… también sé el precio que tendremos que pagar por ello pero no puedo consentir la más mínima oposición, o vamos todas a una o no funcionará, eso significa no tener compasión de las que no quieran seguirme, pero es necesario si queremos volver a sentir compasión. Negar la compasión para que la compasión renazca. Es una paradoja pero así es la vida, paradójica, no puedo hacer nada por evitarlo.

En un rato empieza la asamblea. Tengo mi discurso preparado, lo he meditado durante muchos días y lo he reescrito mil veces. Es breve, quizás demasiado, he intentado darle más color, más brillo, pero somos soldados, no políticos; a diferencia de ellos decimos lo que tenemos que decir y obramos en consecuencia, y cargamos con la responsabilidad.

Hoy no os hablo como vuestro mando sino como vuestra compañera, por unos momentos dejaré de ser la capitana Graco y me convertiré en Adelaida, una mujer como todas, que sufre lo mismo que sufrimos todas: soledad, desesperanza, tristeza, rencor… todos esos sentimientos negativos que día tras día se acumulan en mi alma hasta que ha dejado de ser el brioso corcel que me impulsaba más allá, más lejos, más rápido, y ahora es una pesada mochila que hace mi paso pesado, monótono, sufriente, leeeento, pero ¿sabéis qué os digo? ¡Basta! ¡Estoy harta de todo esto! Quiero tener de nuevo esperanza, quiero ver luz en mi vida, quiero sentir que mi fuerza es agradecida, que hay quién la necesita, quién la desea y quiero emocionarme por ello, por ser necesaria, por ser deseada, por ser amada, quiero que mis entrañas muertas renazcan, quiero que exista un futuro tras de mí por el que valga la pena luchar, necesito una esperanza que me levante del catre cada jornada y me de una patada en el culo para ser ese día un poco mejor que el anterior, para cumplir mis tareas con más eficiencia, para que mi dedicación sea aun más intensa, ¡eso es lo que quiero!, ¡sé que vosotras también los queréis!, y ¿sabéis qué os digo?: Que sé como lograrlo, he visto el camino para dar ese giro a nuestras vidas y vamos a darlo, todas juntas, sin dejar a nadie atrás, sí o sí, vamos a renunciar a lo que somos, a lo que hemos sido durante toda nuestra vida y nos vamos a transmutar en algo nuevo y diferente, vamos a crear una civilización y una cultura como nunca antes ha existido, nos convertiremos en las primeras de una nueva forma de vida en el Universo.

Lo primero es olvidar. Olvidarlo todo, absolutamente todo. Borraremos el rastro de lo que somos, de lo que hicimos, olvi-

daremos la Tierra de la que procedemos y olvidaremos que allí había una especie ajena a nosotras cuya única virtud era su capacidad de fecundarnos, pero que poco más nos aportaba. Ese es el primer pilar de nuestro renacimiento: olvidar. El segundo será volver a amar, porque sin amor nada vale la pena y el olvido nos permitirá amarnos de nuevo, como era frecuente en el pasado, antes de que esta losa que cayó sobre nosotras nos bloqueara emocionalmente. Sé que algunas de vosotras nunca aprobasteis ese amor, incluso os resultaba desagradable, pero eso fue en un pasado que ya hemos olvidado, que ya habéis olvidado, y el nuevo tiempo que se abre hoy, que se abre aquí y ahora, no admite prejuicios. Todas sin excepción nos abriremos al amor, ese será nuestro segundo pilar, pero nada se sostiene con dos apoyos tan solo, tenemos olvido y amor, pero necesitamos algo más, necesitamos futuro, necesitamos trascendencia, necesitamos creer en la perduración más allá de nosotras mismas, de lo contrario ¿para qué? ¡Pues tenemos ese futuro al alcance de la mano! Las biólogas que en la granja clonan a diario los animales y plantas que nos alimentan, clonaran nuestros genes, así veremos nacer y crecer a nuestras hijas, para darnos ese futuro, para que nuestro trabajo no sea en balde, para que al reparar un componente no pensemos en que debe durar un tiempo limitado sino que hagamos que funcione para toda la eternidad. Olvido, amor e hijas, ese es el camino a seguir, el camino que vamos a recorrer todas juntas.

Vimos el Eagle el día antes del encuentro, a lo lejos, apenas un poco mayor que en el hológrafo del despacho de Sócrates. Nos aproximábamos en sentidos opuestos y nuestras velocidades se sumaban, teníamos que girar 180º para ir en el mismo sentido, pero con un solo un motor, nuestra velocidad máxima apenas era un poco mayor que la suya. La maniobra tenía que ser muy precisa, para que al finalizar el giro estuviéramos justo un poco por delante de él. Si el Eagle se nos adelantaba, con el escaso gradiente de velocidades tardaríamos una eternidad en darle alcance. Era una maniobra de casi tres millones de kilómetros de amplitud

con una precisión de unos pocos centenares de metros y la tormenta solar en franco incremento no ayudaba. Todos los sistemas electrónicos de la nave se veían afectados. En el único motor útil el pulso del tokamak era irregular, el flujo de los sensores a través de las decenas de miles de kilómetros de fibra óptica que recorrían la nave llegaba al procesador central de la IA alterado, en la zona habitacional nos hubiéramos frito de no ser gracias al blindaje, que de todas formas serviría de poco si cuando la tormenta alcanzar su zenit no estábamos al menos a treinta millones de kilómetros de allí. Esto tenía que ser entrar y salir; llegar, coger el Eagle, girar y para la Tierra echando leches, pero lo de coger el Eagle tenía más miga de lo que parece. Es una masa bastante grande, apenas un poco inferior a la de mi lanzadera, y que se mueve a casi seis kilómetros por segundo, su inercia es enorme, es imposible capturarlo con el brazo robótico, hace falta una EVA para instalarle un motor de plasma portátil que nos permita dirigirlo hasta la bodega de la *No está el mañana escrito* y todo tenía que ser muy rápido. El blindaje de la lanzadera es muy inferior al de la nave y el del traje de la EVA aun menor. Si no quería que mi mañana sí quedara escrito, la maniobra tenía que hacerse menos de una hora, con no más de diez minutos de EVA. Llevaba días entrenando en el hológrafo y lo había logrado en veintisiete minutos y medio, con apenas tres de EVA. Tenía margen… o eso pensaba. La *No está el mañana escrito* finalizó el giro de aproximación doscientos metros por delante del Eagle y a menos de cincuenta en lateral. Casi pude oír. los nudillos de la IA crujiendo.

Enfundada en el traje de la EVA tomé los mandos de la lanzadera, abandoné la nave y me acerqué al Eagle por su sombra, utilizándolo de escudo; era más grande de lo que me esperaba y muy muy feo, ¿cómo era posible que esa cosa hubiera conseguido aterrizar y despegar de la Luna? Estabilicé la lanzadera a su altura, le pasé el control a la IA y salí al espacio con el motor de plasma portátil. Con dos golpes de aire comprimido tomé contacto con el Eagle. Orienté el motor de plasma, no hacía falta una precisión absoluta, pero una buena alineación con el eje mayor facilitaría mucho la maniobra. Taladré el agujero para el primer perno, que se bloqueo a la presión exacta, iba a por el segundo cuando la radio se llenó de gritos de llamarada, llamarada, regresa, regresa, llamarada, llamarada, regresa… yo estaba en el lado de sombra del módulo y no veía el sol, pero no hay palabra más terrible que puedas escuchar en me-

dio de una EVA que *llamarada*, la voz de Sócrates, algo más calmada, debía ser terrible el esfuerzo de autocontrol que hacía, me dijo que era una llamarada inmensa, que lo iba a barrer todo en unos instantes, cuatro minutos y diecisiete segundos oí a la IA por detrás de Sócrates, tenía que regresar a la nave ¡ya!, pregunté si la lanzadera podría soportarlo pero la respuesta fue negativa, solo el blindaje de la *No está el mañana escrito* ofrecía protección suficiente contra la escupitajo de plasma, radiación gamma y átomos pesados que el Sol acababa de lanzar. Sócrates perdió el autocontrol y empezó a gemir por la radio suplicando que volviera inmediatamente. Cerré la conexión y seguí taladrando. En dos minutos tenía los cuatro pernos colocados. Sin tiempo para volver con la lanzadera, me anclé al Eagle con otro perno y pedí a la IA de la *No está el mañana escrito* que nos llevara a casa. El motor de plasma se puso en marcha y con más brusquedad de la prevista inicialmente sacó al módulo de la órbita en la que llevaba quinientos años; describimos una parábola que nos hizo pasar por encima de la NEP y nos colocó en unos segundos a su sombra inmensa y protectora, luego, con más suavidad, me condujo hacia la esclusa de entrada mientras los bordes de la nave se incendiaban con la llegaba de las primeras ondas de la llamarada.

Sin quitarme el traje de la EVA entré en la sala de mando a tiempo de ver cómo mi lanzadera se incendiaba. Las partículas de alta energía y los átomos pesados del plasma la atravesaban como mantequilla y habían provocado la ignición del hidrogeno restante. Sin esperar a nuestras órdenes, en el mismo instante en el que el Eagle y yo estuvimos a bordo la IA había iniciado la maniobra de escape. En la zona habitacional estábamos a salvo, pero el resto de la nave no tenía el mismo blindaje y no estaba eximida de sufrir daños ante una llamarada tan potente. A máximo impulso de nuestro único motor pusimos proa a la Tierra. La llamarada solo había sido un adelanto de la tormenta que el Sol seguía urdiendo.

10 de enero de 2211

La capitana, madre, murió ayer. Tal como estaba previsto, yo, Rosario Graco, asumo el mando como Graco 2. Los planes de Graco se desarrollan conforme a lo previsto.

Para muchas de las primeras olvidar fue un alivio inmenso. Bajar el telón para siempre y mirar por fin hacia la salida. El

trabajo no está completo pero hemos avanzado mucho. No queda rastro de la Tierra ni del origen de esta base en ningún banco de datos ni en documento alguno. Las primeras han hecho un pacto de silencio y ninguna de las hijas ha oído una palabra sobre la Tierra, para todas ellas esto es nuestro hogar, lo ha sido por siempre y por siempre lo será. Solo yo soy la excepción. Yo y este diario. Madre sabía que el recuerdo no se debía perder del todo, cargó con esa responsabilidad y me la traspasó a mí, como yo haré en el futuro con mi hija, la que ayer, tan pronto como murió madre, empezó a gestarse en la placa de Petri y pronto implantarán en mi vientre. Esa es la Ley, solo dos de cada patrón genético, madre e hija. En el entusiasmo inicial se clonaron muchos patrones, pero cuando las hijas empezaron a crecer al mismo ritmo, todas idénticas, se convirtió en una pesadilla y hubo que tomar decisiones difíciles. Igual que con las amargadas, las que no se abrieron al amor. Fueron aisladas y olvidadas, pero sus hijas ya piensan de otra manera.

Olvido, amor, hijas… Adelaida acertó.

¡A sus órdenes mi capitana!

Hasta siempre, madre.

La IA trasladó el Eagle a un hangar de reparaciones dentro de la zona habitacional y lo último que vi de Sócrates fueron sus piernas zambulléndose por la escotilla por la que Armstrong a duras penas había logrado salir quinientos años antes. Yo había hecho mi parte del trabajo y ahora le tocaba a él. Si al final no existían los famosos bancos secretos o si la TdT no estaba allí o no la conseguíamos recuperar, para Sócrates sería una decepción mayúscula, pero a mí no me asustaba esa posibilidad. Había viajado más allá de Venus en una NEP y había rescatado la reliquia más sagrada con la que un chatarra pudiera nunca soñar. Mientras sentía el impulso del motor que escalaba nuestra velocidad hasta los ocho kilómetros por segundo que nos librarían (por los pelos) de la tormenta solar, supe que lo único que me faltaba era Christian y supe que sin él, nada de aquello valía mucho, pero era lo que tenía, lo único que me había hecho sentir viva en los últimos diez años y con su permiso me iba a permitir disfrutarlo, aunque no fuera más que un poco.

14 de febrero de 2395

Ayer cumplió diez años mi bendita Adelaida, ¡cómo pasa el tiempo! Será Graco 8 antes de que me dé cuenta. Fue un día precioso y muy emotivo, recordamos a madre, como en todos los cumpleaños, claro, pero el décimo siempre es especial y la echo de menos, no sé qué sería de mí si no tuviera a Fatimelu a mi lado, inundándome de amor cada mañana. Pero para Adelaida solo era el día «que ya es mayor» y lo celebró a conciencia. A veces la carga del recuerdo se me hace pesada, no puedo compartirla ni con Fatimelu. Soy la única mujer que sabe que no estamos solas en el Universo y que al otro lado de esta roca en la que las demás piensan que hemos vivido desde siempre, hay un planeta inmenso, lleno de mujeres… y de hombres, palabra extraña para un concepto aún más extraño, que solo conozco por una breve explicación que Graco 1 escribió en los primeros tiempos de este diario, pero que no consigo asumir intelectualmente. ¿Cómo será amar a un hombre? ¿Como enamorarse de una vaca o un cerdo? No lo sé y no quiero saberlo, la vida aquí es cómoda y agradable, no nos falta el picante del romance ni la placidez del amor maduro, cuidamos las unas de las otras y de nuestras hijas, disfrutamos de la vida y aceptamos con serenidad la muerte, sabiendo, al mirarnos en nuestra hija, que en realidad no morimos.

Fue una sensación muy extraña, como si una leve ventolada me hubiera impulsado hacia adelante. Lo primero que pensé es que era muy raro, porque dentro de la nave no sopla el viento, por supuesto. Lo segundo que pensé es que ya estaba muerta, que ya estábamos muertos. La IA permanecía muda y no me atrevía a preguntar, no sin tener a Sócrates a mi lado. Solo conseguí que me prestara atención cuando le dije que dejara de esforzarse, porque nunca regresaríamos a la Tierra y con la tormenta que nos iba a caer encima no habría posibilidad alguna de transmitir la TdT a la Tierra, a todo esto, aproveché para saber cómo iba, porque apenas lo había visto desde que iniciamos el regreso. Él dijo que todo bien, que sí, que la TdT estaba allí, que había muchos bancos de memoria averiados pero que Felder había hecho un buen trabajo, parecía

que todo estaba triplicado, pero claro, era como montar un rompecabezas sin saber el aspecto que tenía que tener una vez terminado, se quedó callado un momento mientras me intentaba explicar lo complejo y laborioso que era recuperar la información de aquellos viejos circuitos, como si por primera vez procesara lo que yo acababa de decirle y me preguntó por fin que porque no podríamos regresar a la Tierra. Le conté entonces lo que había sentido y que estaba segura de que se había debido a una pérdida de impulso, lo que solo podía significar que el motor, nuestro último motor, había fallado. Se pasó las manazas por los rizos plateados y sacó su corpachón por la escotilla del Eagle para acompañarme a la sala de control. La IA nos aguardaba y fue tan parca en palabras como siempre, aunque ¿de cuantas formas te pueden decir que ya estás muerta? Sin embargo, contra todo pronóstico, nos ofreció una oportunidad de vivir… según ella, en realidad era una forma de morir sin enterarte de que has muerto. El impulso alcanzado nos llevaría hasta la órbita de Venus, dónde podríamos aprovechar su fuerza gravitacional para aumentar nuestra velocidad en cinco o seis kilómetros por segundo, lo que nos alejaría a tiempo de la tormenta. Eso era una buena noticia, pero tenía trampa: el impulso nos lanzaría hacia el exterior del Sistema Solar y sin motores no existía ninguna posibilidad de cambiar el rumbo. La IA, que parecía empeñada en endulzar la noticia, como si nos hubiera cogido cariño, nos sugirió que, puesto que antes de salir del Sistema Solar pasaríamos cerca de la Luna, uno de nosotros podía usar el sistema individual de salvamento, el único operativo. Con un poco de suerte, cuando la tormenta hubiera pasado quizás se pudiera hacer llegar un mensaje a la Tierra para que enviaran una nave de rescate.

2 de agosto de 2469

Ha ocurrido lo que todas las Graco hemos temido desde hace trescientos años. Después de ser enterradas y olvidadas, la Tierra ha vuelto a nuestras vidas, y yo, Graco 16, soy la única que puede explicarlo. Ayer las cámaras exteriores captaron la imagen de una gran nave cruzando el cielo sobre la Luna. Muy pocas lo vieron en directo pero fueron las suficientes como para que se corriera la voz y al poco rato todas estaban concentradas en el salón de actos, viendo esos diez segundos en

bucle en la gran pantalla. La conmoción ha sido inmensa. Todas saben ya que no estamos solas en el Universo, que hay más mujeres; ni imaginan qué cerca están ni en qué compañía. Me siento bloqueada. ¿Qué debo hacer? Lo que ocurrió en tiempo de Graco 1 ya estará olvidado, y aunque no fuera así, no somos las mismas mujeres que eran ellas, aunque tengamos sus patrones genéticos. Quizás haya llegado el momento de regresar, sin embargo… aquí somos felices, una felicidad que, por lo que cuenta Graco 1, no era muy frecuente en la Tierra de su tiempo. Nos hemos librado de la perpetua amenaza de los hombres, sean lo que sean, y disfrutamos en paz de nuestras vidas y de nuestras hijas, aunque no me engaño, ninguna de las Graco nos hemos engañado nunca. No sé si los hombres son de la misma especie que nosotras, pero algo me dice en mi interior que es necesario que sus valores y los nuestros se mezclen para que exista una auténtica Humanidad.

Hace mucho que las capitanas Graco dejamos de tener auténtico poder, pero, cuando toca, seguimos al mando. Por ahora esperaré acontecimientos. La nave pasó como una exhalación y no hubo tiempo de sacar los TBP para seguirla, si no volvemos a saber de ella, esos diez segundos de imágenes se acabarán olvidando. En otro caso, habrá vuelto el tiempo de las decisiones difíciles.

Autorizamos a la IA a ejecutar la maniobra, había que ganar tiempo, aunque yo no sabía muy bien para qué. Sócrates dijo que no tardaría mucho en finalizar la extracción de la TdT y podría transferirla a la IA de la nave. Más tarde, cuando pasara la tormenta, podríamos transmitirla a la Tierra. Le dije que sí y lo animé a volver al Eagle, aunque sabía que para cuando la tormenta dejara de interrumpir las comunicaciones, ya estaríamos demasiado lejos para una transferencia efectiva.

El tirón gravitatorio de Venus no tardó en hacerse notar y sentí cómo toda la nave se impulsaba, por desgracia en la peor de las direcciones posibles. Para cuando la maniobra finalizó ya nos habían alcanzado las primeras olas de radiación, impidiendo las comunicaciones. En el hológrafo de la sala de mando nuestra posición estaba marcada por una banderi-

ta sobre una línea roja que abandonaba el Sistema Solar; muy lejos aunque aproximándose a gran velocidad, estaba la Tierra, con la Luna interpuesta entre ella y nosotros, ofreciéndonos su cara oculta. Era la primera vez que la veía en directo y me ensimismé un rato contemplando su accidentada superficie, tan diferente del lado visible. Parecía tan cercana. Luego ordené a la IA que preparara un mensaje de socorro, indicando el punto más próximo a la Tierra de nuestra trayectoria y el instante en el que lo alcanzaríamos, solicitando una nave de rescate. La IA dispuso una transmisión incesante a plena potencia, en un intento, que yo sabía vano, de sobreponerse a la tormenta solar. A pesar de todo era nuestra única esperanza. Luego solo quedaba el sistema autónomo de salvamento y yo sabía quién iba a ocupar la única plaza disponible.

22 de octubre de 2469

¡Han vuelto!

No me ha sorprendido. No los vemos, pero están ahí fuera. Hay una fuerte tormenta solar, una de las más potentes que hemos conocido, que bloquea todas las comunicaciones, pero sobreponiéndose a ella gracias a una brutal potencia de emisión, llegan retazos de un mensaje de socorro, un mensaje único en bucle, pidiendo una nave de rescate en unas coordenadas concretas para dentro de sesenta horas. No creo que el mensaje pueda llegar a la Tierra, no con esta tormenta.

Se ha convocado una reunión para discutir qué hacemos respecto a la transmisión. Pienso contar toda la verdad, al menos la parte que yo conozco de la verdad. Después se tomará una decisión, pero eso será lo de menos. Aquí hemos creado una cultura única en el Universo. Una cultura de mujeres basada en el amor, la solidaridad y el cuidado de nuestras hijas. No la sacrificaré por una nave que ya está condenada. Los patrones genéticos de las que se opongan serán clonados de nuevo. Nada se perderá.

La catapulta gravitacional de Venus nos aceleró hasta las trece kilómetros por segundo y nos sacó de la zona de la muerte de la tormenta solar, enviándonos sin remisión a un viaje eterno a ninguna parte. La cara oculta de la luna parecía reírse de nosotros, con sus mofletes picados de viruela. Sócrates seguía dentro del Eagle, extrayendo la TdT casi bit a bit. Faltaban pocas horas para alcanzar el punto más próximo a la Tierra antes de enfilar las negruras del vacío interestelar cuando Sócrates dio el trabajo por concluido. Todo lo que había recuperable en los bancos de memoria del Eagle estaba a buen recaudo en la *No está el mañana escrito*. Sócrates estaba hambriento, apenas había probado bocado en los últimos días. Entre bocado y bocado sacó del bolsillo la fotografía de papel de Margaret Hamilton, junto a la torre de cuadernos que amenazaba con derrumbarse. No se había desprendido de ella desde que se la enseñé en su despacho del Museo Nacional de la Exploración Espacial, en lo que parecía había sido otra vida. Allí estaba la TdT, a la vista de todo el mundo, quise pensar que la mirada diagonal de Margaret se cruzaba con la de Tobías Felder, incluso estuve segura de ver un guiño de complicidad. Sócrates me ofreció el puesto en el sistema autónomo de salvamento y yo lo acepté. Me dijo que yo era joven y merecía vivir y un día descubriría que me había enamorado de nuevo.

25 de octubre de 2469

Llevo tres días leyendo este inmenso canto a la mentira y a la hipocresía y apenas he podido hacer otra cosa que picotear aquí y allá, de año en año, de siglo en siglo. Las capitanas Graco han acumulado aquí una inmensa crónica que algún día habrá que desentrañar, pero por ahora baste con decir que los únicos patrones genéticos que habrá que clonar son los de Graco 16 y algunas de sus amigas. No calculó la inmensa ola de furia que su revelación levantó. Tres siglos viviendo una mentira, creyéndonos la única vida inteligente del Universo para descubrir que al otro lado de esta roca hay un planeta inmenso con miles de millones de mujeres… Ni su terrible discurso de advertencia contra eso que llama «hombres», ni la brutalidad de sus amigas pudo evitar su linchamiento. Soy la teniente Bujari, Bujari 14, y asumo el mando. He dado orden

de que se alisten dos TBP para salir al encuentro de esa nave misteriosa. Se avecina un nuevo tiempo, tiempo de cambios, pero le haremos frente como siempre hemos hecho: con valor, con determinación y con solidaridad.

El sistema de salvamento no era garantía de nada. No tenía capacidad de llegar a la Tierra. Disponía de aire, energía y suministros para una persona durante dos semanas, y un buen equipo de radio. Cuando pasara la tormenta, las probabilidades de poder contactar con la Tierra y que enviaran una nave de rescate eran buenas, pero si eso fallaba, solo sería otra forma de morir. Abrimos una botella de despedida, bueno, unas cuantas. La *No está el mañana escrito* sabe fabricar buen vino, de eso no hay duda, debe atesorar algunos secretos de los ingenieros españoles que la diseñaron. Bebí mucho, o más bien pareció que bebía mucho. Sócrates intentó seguirme el ritmo pero acabó borracho como una cuba. Tambaleándonos y apoyados el uno en el otro caminamos hasta la entrada del sistema de salvamento, que no es más que una especie de ataúd cogido encima de un motor de plasma alimentado por la electricidad de una pila de hidrógeno, más la mínima expresión de una IA para controlarlo todo, una IA en cuyas tripas ya estaba la TdT. Yo llevaba una pequeña bolsa con mis cosas. Delante de la entrada al ataúd nos dimos el último abrazo y entonces recordé que había olvidado algo en el camarote, le puse a Sócrates la bolsa en la mano y le pedí que la metiera en el ataúd mientras iba a buscarlo. Esperé desde la primera vuelta del corredor y regresé en cuanto el corpachón de Sócrates desapareció por la escotilla. La cerré y desactivé el sistema de apertura interior. No había ninguna mirilla ni cosa parecida, así que no podía ver su cara, pero la IA tuvo a bien conectar el audio del corredor para que pudiera escuchar cómo intentaba hacer valer su rango de almirante para que le abriera la escotilla, pero la IA le respondió que las ordenanzas de la Armada establecen que el escalafón es el que determina las prioridades del salvamento y que yo había actuado conforme al reglamento. Por supuesto había otra motivación que la IA y yo compartíamos: Sócrates era la persona adecuada para que nuestro viaje y nuestro sacrificio no fueran en balde. Él tenía los conocimientos, los contactos y el prestigio necesarios para que la TdT llegara a las manos adecuadas y se convirtiera en lo que más anhelábamos: el mo-

tor del regreso al espacio. Yo no hubiera podido realizar esa tarea. Ya he dicho que las IA suelen ser bastante tercas y la de esta nave se distingue en eso. Pero aún había una razón más para que fuera yo la que iniciara este viaje sin retorno: yo ya estoy muerta. Llevo muerta diez años, y por mucho que Sócrates diga, nadie podrá reemplazar nunca a Christian. Este viaje me ha dado toda la alegría y felicidad de la que he disfrutado desde que él me falta y se me hace insufrible volver a la Tierra, a ponerme de nuevo la careta de cartón con la que afronto los días vacíos, los años sin esperanza. ¡No!, prefiero acabar aquí, en el espacio, en el momento en que yo decida, sin tener que fingir más.

30 de octubre de 2465

¡Así que esto es un hombre!

No parece tan malo, resulta curioso, incluso simpático.

Con los dos TBP alcanzamos las coordenadas indicadas y esa nave gigante apareció a la hora exacta. Nunca había visto algo tan grande ni había soñado siquiera que pudiera existir, pero después de la sorpresa inicial había que pensar en cuestiones prácticas. La nave surcaba el espacio a una velocidad altísima, a la que los TBP no se podían ni acercar. Imposible abordarla. Radiamos nuestra posición y preguntamos cómo podíamos ayudar. Vimos entonces eyectar de la nave un módulo de salvamento. Las comunicaciones seguían siendo difíciles por la tormenta, incluso a corta distancia, pero pudimos captar parte de un mensaje que indicaba que lo recogiéramos, mientras la nave ya se perdía hacia el espacio exterior. Trajimos el módulo a casa y cuando estuvo en el hangar y se abrió la escotilla, salió «él», Sócrates. Las primeras horas fueron complicadas. Sócrates estaba tan asombrado de nuestra existencia como nosotros de la suya. Cuando las dos partes logramos asimilar la realidad del otro, Sócrates nos dijo que con los TBP podíamos alcanzar un punto desde el que contactar con la Tierra, una vez pasara la tormenta. Vendrían a buscarnos. Asegura que no tenemos nada que temer. Lo que ocurrió aquí no fue responsabilidad nuestra, aquellas mujeres, él dice «personas», ya están muertas y ninguna culpa recaerá sobre noso-

tras. Yo le creo y deseo conocer la Tierra y su forma de vivir, tan diferente de la nuestra. Otras se niegan, quieren quedarse y seguir como siempre. Sócrates asegura que podrán hacerlo, que cada una podrá elegir libremente su forma de vivir y su forma de amar, en la Tierra o en la «Luna». Eso es bueno.

Nada más lanzar el módulo de salvamento la IA me informó que había dos naves en las proximidades intentando contactar. Me sorprendió mucho que la Tierra hubiera captado el mensaje y que hubieran dispuesto una expedición de rescate con tanta premura como para estar ya esperándonos. Más sorprendida me quedé cuando vi esas dos naves en el hológrafo de la sala de mando. Tenían un aspecto prehistórico, no se parecían a nada que yo conociera, pero la IA las reconoció al instante: eran dos TBP, Transporte Blindado de Personal. No llevaban insignias ni emblemas, pero el modelo era el habitual de la infantería de marina de la Unión Mediterránea. No sabía de dónde habían podido salir aquellas antiguallas, pero respiré con alivio cuando vi que tomaban el control del módulo de salvamento y se dirigían con él hacia la cara oculta de la Luna, que una vez más me sonreía con sus mofletes picados de viruela.

2 de noviembre de 2011

Mi nombre es Sócrates Reinaldo O'Reilly, almirante de la Armada de UniMon. La teniente Bujari me ha ofrecido leer este libro para entender mejor su sorprendente historia y me ha pedido que escriba unas lineas en él, puesto que mi llegada a este lugar va a suponer un giro radical de su vida. No ha puesto reparo en transmitirlo en un paquete de datos a la «No está el mañana escrito» para tranquilidad de Zenaida, que estará recomida por saber de dónde aparecieron aquellos dos TBP de antes del Siglo Perdido que me rescataron.

Quiero decirte Zenaida que no estoy de acuerdo en absoluto con lo que hiciste. Tú debiste regresar a la Tierra para vivir toda la larga vida que te queda. Mira estas mujeres de la Luna. En la situación más desesperada posible supieron hallar

su camino al amor y la felicidad y tú lo hubieras logrado también. Ahora que ya no tiene remedio solo puedo enviarte a través de estas líneas todo mi cariño y mi respeto. Te prometo que lograré que tu sacrificio sirva para que la humanidad vuelva al espacio, para que entiendan que dar el paso de la exploración espacial es imprescindible en nuestra evolución como especie. Aquel impulso que el Desastre arruinó debe rebrotar ahora con más fuerza, alimentado por el inmenso poder que la TdT pone en nuestras manos. Gracias a ella, dentro de no mucho tiempo no solo el Sistema Solar estará a nuestro alcance sino la galaxia entera, y pondré todo mi afán en que esta oportunidad no se malogre, te lo juro.

Ya está, se acabó. Lo he contado todo. Sócrates ha puesto el punto final a mi crónica y ya no me queda nada por decir. Le he pedido a la IA una botella de su mejor vino y algo para acompañarlo, algo rápido e indoloro. La IA se ha negado a proporcionármelo, dice que va en contra de sus procedimientos, pero me ha explicado cómo puedo conseguirlo por mis propios medios.

Espérame, Christian, enseguida estaremos juntos para siempre.